

endur / pels mots imprecisos. Salvador Esprú, por cierto, ha emplazado en 1951 los inicios de este cambio en la voz poética de Vinyoli a raíz de la publicación de *Les hores retrobades*, libro que "si lo leemos con atención, percibiremos el progresivo desengaño de un hombre que asiste al hundimiento del laborioso edificio de su idealismo".

Las palabras de Esprú sugieren, así, el itinerario lírico de Joan Vinyoli: en 1937 *Primer desenllaç*, con el estupendo poema *D'una terra*, que resume una poesía mentalizada en grado sumo, de dibujo preciso y casi geometrizado, y en la que la voluntaria frialdad queda, no obstante, agrietada en algún momento por las leves fisuras del dolor. Poesía que podríamos encuadrar, en fin, entre el frío autocontrol de Carles Riba, el optimismo terreno de Jorge Guillén y a lo lejos, como nube que mancha ligeramente este paisaje vítreo, la inquietud vital de Joan Maragall.

Sin embargo, dicho paisaje —una Catalunya exorcizada por cierto ademán esteticista— se hundiría por los mordiscos de la Historia: tras *Primer desenllaç* vendrá *De vida i somni* (1948), donde el afán por racionalizar los sentimientos y las imágenes es aún visible. Y tres años más tarde, *Les hores retrobades*, en cuyas páginas el pasado —el poeta es ya hombre maduro— gravita cada vez más con sus acusaciones, sus recuerdos, sus desintegraciones: primeros hundimientos geológicos en el paisaje inicialmente inmóvil de La Selva.

Después, con *El callat* (1956), las imágenes de la noche, el aleteo negro de los pájaros, el fondo umbroso de los ríos, van poco a poco manchando de extraña inquietud los poemas: el autor, como confiesa en *El camí*, cae herido *sota el pes de les ombres*. No obstante, el paisaje aún muestra cierto lujo culturalista. Será precisamente con *Realitats* (1963) cuando aparezca ya la ciudad como ámbito temático, sustituyendo en parte al mundo rural: libro en el que no se halla ausente un cierto neorrealismo mediterráneo y en el que el anterior lirismo con sabores germánicos queda suplantada por los días, los trabajos, los juegos, el hastío de las gentes anónimas de la metrópoli.

Degradación del paisaje, en cierto modo, que corresponde a las llagas que un tiempo tanto

histórico como subjetivo van creando en la sensibilidad del poeta, ahora más alerta que nunca, como lo demostrarán sus últimos libros, *Tot és ara i res* (1970), *Encara les paraules* (1973) y *Ara que és tard* (1975). ■ LAUREA BONET.

El problema del catolicismo liberal

Con este subtítulo el profesor José Luis Abellán aborda en el amplio prólogo del libro, *Memoria Testamentaria*, de don Fernando de Castro (1), el interesante problema del catolicismo liberal en España durante el siglo XIX.

Dos personas —J. L. Abellán y Elias Díaz— están contribuyendo muy serena y documentadamente a darnos una faz objetiva del fenómeno, que cada vez se descubre como más importante y decisivo en nuestra Historia contemporánea, del krausismo.

Deformados como estábamos por las duras e injustas palabras

(1) Fernando de Castro: *Memoria Testamentaria*. Ed. Castalia. Madrid, 1975.



Fernando de Castro.

de Menéndez Pelayo contra su fundador, don Julián Sanz del Río, apenas hemos dado ninguna importancia a este fenómeno, sobre todo en estos últimos y cerrados cuarenta años que hemos vivido de nacional-catolicismo. Nos parecía esta postura una especie de rareza de un pequeño grupo de ilusos que se habían salido de la Iglesia católica desde el primer momento de su vida pública.

Ahora —gracias a los estudios de estos especialistas— empezamos a saber la verdad histórica: esos grandes pensadores y educadores llamados krausistas fueron profundamente cristianos y pretendieron defender en nuestro cerrado país un catolicismo liberal, al estilo del difundido tan ampliamente en el siglo XIX en Francia y Bélgica por el Abbé Lamennais, el dominico padre Lacordaire, el seglar conde de Montalembert y el obispo Dupanloup. La fuerza de los retrógrados ultramontanos, allende nuestras fronteras, no pudieron acallar totalmente esas voces de la Iglesia francesa, salvo en el caso de Lamennais, que se salió de la comunidad católica, falto de resistencia psicológica para recibir serenamente los embates del catolicismo reaccionario francés. Hoy, sin embargo, puede contar con esas tres figuras ejemplares la Iglesia francesa, allí donde en la nuestra no podemos basarnos en ningún testimonio parecido, porque ninguno de los que empezó como católico liberal pudo llegar hasta el final coherente con su convicción mantenida dentro de la Iglesia.

Abellán demuestra que los fundadores de la *Institución Libre de Enseñanza* —el fruto



más eficaz del krausismo— fueron católicos y quisieron continuar siéndolo, pero fueron abatidos al fin por la cerrazón intelectual y práctica de nuestra jerarquía eclesiástica española, que no pudo admitir en la Iglesia de España un catolicismo liberal. Se cerró en banda a considerar como católicos a quienes defendían la libertad civil y religiosa, como base de una nueva sociedad de convivencia universal entre todos los españoles, sin exclusiones ni privilegios. "Los krausistas eran sinceros católicos liberales", opina Abellán con razón. Lo fueron los seglares don Gumersindo de Azcárate, don Francisco Giner de los Ríos y el sacerdote don Fernando de Castro. Y no querían sino aplicar a nuestra Iglesia los módulos católicos europeos. Pero el fracaso sufrido en este empeño fue decisivo y dramático.

En España fue acogida con alborozo la encíclica **Quanta Cura** de Pío IX —de poco feliz recordación por su cerrilismo antimoderno— y el **Syllabus** de errores modernos, cuyo colofón era el negar la posibilidad de aceptación por la Iglesia de las libertades contemporáneas y el progreso de nuestra civilización. Las 80 proposiciones de este increíble catálogo de condenaciones, hecho en plena modernidad, eran todas la negación de lo que luego —al menos en parte— no ha tenido más remedio que asumir en este siglo el catolicismo, y especialmente desde el Concilio Vaticano II. En Francia, el liberal obispo Dupanloup había definido —con aprobación de la Santa Sede— una interpretación benigna y abierta de este último documento, pero en España no aceptaron esta interpretación nuestros obispos.

Don Fernando de Castro —uno de los principales precursores de este fracasado catolicismo liberal— fue un franciscano exclaustrado después de la desamortización del ministro Mendizábal, en 1836, que actuó como sacerdote hasta pocos años antes de su muerte, y cuyo interesante testamento expresando sus convicciones religiosas ahora se publica. Ha sido este pensador krausista el más calificado orientador del catolicismo liberal en España, que terminó saliendo de la Iglesia por la asfixia moral e intelectual que le producía la estrechez de nuestras filas católicas de entonces. Algo parecido a lo que les ocurrió a los seglares Azcárate y

Giner de los Ríos, sus compañeros de aventura krausistas.

Su cometido —como el de la **Institución Libre de Enseñanza**— fue "aumentar el número de los que piensan". Y así fue como Castro "perdió la virginidad de la fe, pero ganó en cambio la maternidad de la razón", dando una interpretación abierta y universalista del cristianismo.

¿Qué hubiera sido de nuestra España y de nuestro catolicismo si estos católicos liberales hubiesen sido escuchados y no hubieran tenido que salirse de nuestra cerrada y estrecha Iglesia española?

Ahora, sin embargo, somos cada vez mayor número los que queremos acercarnos a aquellas fuentes de la razón, que es la concordante con un cristianismo para el siglo XX. Y el estudio preliminar de Abellán, junto con las confesiones religiosas íntimas de este ex sacerdote, plasmadas en este su **Testamento**, pueden servir a católicos y no católicos de reflexión para no dejarse amilanar por los frenos religiosos de la reacción que todavía están más arraigados de lo que creemos en nuestro país.

■ E. MIRET MAGDALENA.

Alberti, más que una librería

Rafael Alberti está derramado por toda la librería: en los cuadros pintados por él mismo, en las lámparas de cerámica que cuelgan por grupos de tres, cuyo diseño es de Rafael, así como lo es el diseño de la fachada de la librería... y hasta el anagrama comercial. Y como corresponde a Rafael Alberti, la librería es luminosa, blanca, espaciosa. Aquí, en este espacio recién ganado para la cultura, el poeta parece más exiliado que en cualquier otra parte, tan fuertemente se le evoca, aunque paradójicamente esté presente hasta en los detalles más mínimos.



TIEMPO de HISTORIA

AÑO II NUM. 16 60 PESETAS



ENRIQUE MIRET MAGDALENA
LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA

En su número del mes de marzo

TIEMPO de HISTORIA

incluye los siguientes temas:

LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA, por Enrique Miret Magdalena. • JULIAN BESTEIRO: UN REFORMISTA EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL. Una entrevista de Josefina Pascual con Fermín Solana. • FEBRERO, 1936: EL TRIUNFO DEL FRENTE POPULAR, por Eduardo de Guzmán. • DOS CARTAS DE DOSTOIEVSKY: LA VIDA EN LA CARCEL y SOBRE "CRIMEN Y CASTIGO". • SINTESIS BIOGRAFICA DE DOSTOIEVSKY, por Carlos Sampelayo. • BOCACCIO Y LA COMEDIA HUMANA, por Fernando Savater. • "GALILEO". Texto íntegro del guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli. • ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara. • FELIPE II: NUEVAS CARTAS FAMILIARES, por Gustavo Fabra Barreiro. • EL BANCO DE SAN CARLOS, DOCE DIAS ANTES DEL DOS DE MAYO, por Gonzalo Moya. • LIBROS: Araquistain y la izquierda socialista; La influencia del positivismo; Aproximaciones a nuestro pasado inmediato; El Saco de Roma; Al día siguiente de la Revolución; Gramsci: Vida y muerte en la cárcel. • CINE: La mentira como documento histórico, por D. G.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANDLO A "TIEMPO DE HISTORIA", CONDE DEL VALLE DE SUEHIL, 20, TELEF. 447 27 00, MADRID 15

NOMBRE Y APELLIDOS
CALLE O PLAZA
N.º
TELEFONO
CIUDAD
PROVINCIA
PAIS

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números) Firma,
A partir del próximo número del mes de

Adjunto TALÓN BANCARIO nominativo a favor de "Tiempo de Historia". Envío GIRO POSTAL
Formas de pago

SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 500 pesetas. Extranjero: 700 pesetas.
Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.